



## Fiesta de San Juan de Ávila 2005

Queridos hermanos sacerdotes y familiares:

En la gozosa celebración de la fiesta de San Juan de Ávila, Patrón del clero de España, nos unimos todos, en la alabanza y acción de gracias a Dios, a los hermanos que hoy celebran sus bodas de oro y plata: Alipio Ruiz Sierra, Jesús Pereña Luis, Sebastián González García, Teófilo Alonso Alonso, Hilario Fernández del Rey, José Calvo Fernández, Juan García García y Demetrio Franco Franco.

La mayor parte de nosotros podemos mirar ya hacia atrás con una larga perspectiva y podemos tener un sentimiento muy cercano al de quienes después de 25 o 50 años de ejercicio fiel, fructífero y gozoso del ministerio sacerdotal, podríais hacer vuestras las palabras de Pablo en el atardecer de su vida: *“He competido bien en el combate por el Evangelio, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel día me entregará el Señor, el justo juez”* (2 Tim 4,6-8).

Al recordar estas palabras de Pablo no pretendo jubilaros ni, menos aún, acercaros prematuramente el momento de la glorificación eterna. La referidas palabras de Pablo contienen un programa de acción para cada momento de nuestra vida, joven o madura, y nos abren a la esperanza de la corona de la justicia con que Dios llevará a plenitud nuestra fe y el servicio al Evangelio. Y esta apertura a la esperanza que no defrauda es fortaleza diaria de nuestro ministerio.

El mismo Pablo nos ha exhortado hoy, en la primera lectura proclamada, ofreciéndonos claves fundamentales para la recta comprensión y el fructífero ejercicio de nuestra tarea presbiteral.

*“Ciudad de vosotros mismos y de todo el rebaño, pues el Espíritu Santo os ha constituido vigilantes para apacentar la Iglesia de Dios, que Cristo se ha adquirido con su sangre”*. (Hch 20,28).

Esta frase central del discurso de Pablo a los ancianos de Efeso sitúa el ministerio presbiteral y episcopal en una perspectiva trinitaria.

La fuente del ministerio es el Espíritu Santo que nos ha constituido en el oficio de apacentar la Iglesia de Dios, que Cristo adquirió con su sangre. El Espíritu Santo es la fuente de nuestra propia misión presbiteral y la fuente de nuestra santificación y así aparece con más claridad que el ejercicio del propio ministerio es el lugar privilegiado para nuestra santificación.



Carlos López Hernández

La designación de nuestro oficio de pastores como un oficio de “vigilantes” expresa que el encargo pastoral exige un gran esfuerzo de vigilancia sobre nosotros mismos y sobre el propio rebaño. Se trata de custodiar la unidad del Cuerpo de Cristo en la fe y conducir al pleno desarrollo de la vida espiritual y eclesial a la comunidad que nos ha sido confiada.

El “Decreto Presbyterorum Ordinis” describe esta misión y obligación del presbítero con estas palabras: “Ejercer la función de Cristo, Cabeza y pastor, según la parte de autoridad que les corresponde; reunir en nombre del Obispo a la familia de Dios como una fraternidad con una sola alma y conducirla a Dios Padre por Cristo en el Espíritu” (PO 6).

El contenido asignado a esta tarea ministerial define claramente que la vida cristiana no se puede reducir a puro esfuerzo moral ni a su dimensión social, sino que es necesario orientarse al encuentro con Dios. El Pastor ha sido llamado a conducir a los fieles a la santidad introduciéndolos en la relación vital con Dios Padre, a través de Jesucristo, en el Espíritu Santo. Esta obra de santificación de los fieles implica que el presbítero viva él mismo la vida espiritual que transmite a los demás.

En esta línea, el discurso de Pablo nos ha exhortado a cuidar no sólo del rebaño sino de nosotros mismos: “*Tened cuidado de vosotros*” (Hch. 20, 28). Y nos ha declarado la forma de tener ese cuidado, al decir: “*Os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia*” (Hch 20,32). Con estas palabras nos ha recordado que, antes de ser ministros de la palabra, somos hombres encomendados a la Palabra de Dios, confiados a su cuidado y custodia, llevados y conducidos por ella, consagrados a la Palabra que nos evangeliza y nos convierte en los primeros creyentes, nos lleva a la madurez en la fe y nos santifica. La Palabra es poder de Dios (Cf. Rom 1, 16), capaz de salvar la vida (cf. Sant 1,21); comunica la sabiduría que lleva a la salvación (cf. 2 Tim 3, 15-17) y: “*Tiene el poder de edificar y de conceder la herencia reservada a todos los santificados*” (Hch 20,32). A ellas es debida la edificación de nuestra fe personal, además de la fe de la comunidad que nos ha sido confiada.

Nosotros sólo podremos ser testigos de la Palabra ante los demás si permanecemos encomendados a ella y nos confiamos a ella. Y con esto queremos decir que ponemos nuestra fe en la Palabra de Dios y no en nosotros mismos o en otra realidad cualquiera; que cada día disponemos atentamente nuestro oído para escuchar como discípulos la Palabra de Dios y organizamos nuestra jornada para que la Palabra sea sembrada en nosotros y dé en nosotros su fruto, de manera que podemos decir como Jesús: “*Yo guardo la Palabra de Dios*”. (cf. Jn 8,55). Y tenemos muy presente su indicación: “*Sin mí no podéis hacer nada*” (Jn 15,5).

Sólo con Jesús podemos desarrollar nuestro ministerio, dejándole a élla plena y soberana iniciativa. No bastan nuestras capacidades ni nuestras fatigas para ser enviados y apóstoles de Jesús, de la misma manera que Él es el enviado del Padre. Resulta absolutamente necesario que vivamos con Él (Nc 3,14), en plena comunión con Él, y



que busquemos en todo momento trabajar como enviados y pastores que participan en la misión única del Hijo. No tenemos nada nuestro para llevar a los hombres, no somos nada sin el Señor que actúa en nosotros y por medio de nosotros; nada podemos hacer sin obedecer y comulgar con el Señor que actúa en nosotros; nada podemos hacer sino en la obediencia y comunión con: *“El Hijo que no puede hacer nada por su cuenta, sino sólo lo que ve hacer al Padre”* (Jn 5,19).

En el discurso de despedida Pablo ha referido las pruebas y hostilidades que ha soportado como parte de su ministerio de Apóstol y ha predicho las contiendas que nos esperan en la defensa de la verdad de la fe y de la unidad del rebaño. Y ante estas dificultades nos ha encomendado a Dios y a la Palabra de su gracia, que tiene poder para construir el edificio de la Iglesia.

Pablo ve en estas pruebas del Apóstol la ocasión de tomar parte en los padecimientos de Cristo. Y nosotros, más allá de aquello que hacemos para ejercer nuestro ministerio, y al margen de la eficacia que pueda tener nuestra tarea, hemos de considerar esencial lo que es nuestra relación personal con el Señor. Conscientes de que nuestro ministerio está puesto bajo la encomienda de la Palabra de Dios, perseguimos nuestra santificación como oblación y desposeimiento, como desprendimiento de toda la escoria que impide que brille en nosotros en toda su pureza la imagen que somos de Cristo sacerdote y buen pastor. En el itinerario del ministerio como seguimiento de Cristo, las contradicciones padecidas nos ayudan a vivir con los ojos fijos en el Señor sufriente y glorioso y aprendiendo sapiencialmente a alegrarnos cuando compartimos los sufrimientos del Crucificado. El ministerio sacerdotal se convierte así en camino de unificación con Cristo y en camino de santificación.

La santificación es participación en la santidad de Dios revelada en su hijo Jesucristo y transmitida mediante el don del Espíritu entregado por el Resucitado. La santificación se realiza por tanto en un proceso de relación.

En relación con el Hijo Jesucristo- *“el santo de Dios”* (Jn 6,69)- el creyente tiene acceso a la santidad. *“Cristo, en efecto, se ha hecho para nosotros justicia, santificación y redención”* (1Cor 1,30); la parte que le corresponde al hombre, en lo que se refiere a la santificación, es única y esencialmente la fe. *‘Esta es la obra de Dios: creer en aquel que Él ha enviado’* (Jn 6,29). ¡El santo es ante todo el creyente hombre de fe! Esto es, aquel que deja obrar en sí mismo la energía de la resurrección, aquel que se deja guiar por el Espíritu de Dios para ser hecho semejante al Hijo, para crecer hasta alcanzar la estatura de Cristo. No puede sorprendernos, por tanto, que en el Nuevo Testamento el nombre dado a los cristianos se el de ‘santos’ (hágioi: Hch 9,13.32; Rom 1,7;8,27; 12,13). En el origen de la santificación de los cristianos se encuentra un acontecimiento de gracia y de amor: *“Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para hacerla santa”* (Ef 5,25-26)”. (E.Bianchi, A los presbíteros, pag. 72).

Es el camino de la santificación, la parte que corresponde a la fe se manifiesta como lucha por oponerse a la mundanidad y la ruptura con el mundo, pero viviendo en plena



Carlos López Hernández

compañía con los hombres, viene exigida por el Misterio Pascual que se celebra en la Eucaristía. Las relaciones en la comunidad eclesial han de ser distintas de las que se dan en la sociedad civil: *“Los reyes de las naciones ejercen su dominio sobre ellas y los que tienen autoridad reciben el nombre de bienhechores. Pero vosotros no debéis proceder de esta manera. Entre vosotros, el más importante ha de ser como el menor, y el que manda como el que sirve”* (Lc 22, 25-26).

A los Obispos y presbíteros nos corresponde la tarea de vigilar para que las relaciones en la Iglesia no sean una transferencia de los modelos mundanos. Y a ellos contribuye en gran medida nuestro testimonio de autenticidad de vida en la pobreza, la castidad y la obediencia, así como el estilo evangélico de nuestro ministerio al servicio de la realización del ministerio de Dios en Jesucristo. Como ministros de la reconciliación, impregnamos de misericordia nuestras relaciones con los miembros de nuestra comunidad y con todos los hombres. Viviendo la caridad pastoral, mostramos que: *“Mayor felicidad hay en dar que en recibir”* (Hch 20,35). Escuchando a los hermanos y cargando con sus heridas, mostramos a todos el ejemplo de vida del: *“Buen pastor que da la vida por sus ovejas”* (Jn 10,11).

Celebrando la Eucaristía, introducimos a los hermanos en el Misterio Pascual y los hacemos personas capaces del Ministerio, oyentes de la Palabra de la vida y de la silenciosa brisa de Dios que pasa siempre por el mundo, abiertos a la búsqueda de los signos de la trascendencia, dispuestos a creer y a orar, a trabajar y esperar, a celebrar y estar presentes como testigos de Cristo en el mundo.

No tiene mucho sentido, y es tarea imposible, empeñarse en fabricar liturgias nuevas para un hombre viejo y ciego ante el Misterio; para un hombre que busca sólo productos y gustos, que no trasciende sus sentidos y apetitos. Por ello, entre nuestras tareas primeras y urgentes tenemos hoy la de crear sujetos capaces de celebración, de ver a Dios y de entrar en la lógica de Cristo; suscitar hombres abiertos al Misterio de Dios y del hombre, capaces de memoria con sentido y de contemplar, alabar y celebrar, enseñar a habitar en el Misterio y a liberarse de la fascinación que la realidad inmediata ejerce en los sentidos; mostrar cómo descubrirse habitado por el mismo Misterio y no vacío de luz, de amor y de libertad. De esta manera nuestro ministerio santificador en la liturgia se nos mostrará además como la fuente de donde brota la capacidad de lo más auténticamente humano.

Porque esta fascinante tarea nos supera tanto como nos alienta, ponemos nuestra vida y ministerio en las manos de Dios y pedimos con amor y humildad al Señor que nos confíe y encomiende cada día al cuidado de su Palabra de gracia.

Salamanca, 10 de mayo de 2005